

al poeta de las *Pastorales* como el ejemplo admirable de un alma en constante fervor de renovación y poesía. Cuando encabezó Darío el movimiento pintorescamente apodado modernista, Juan Ramón Jiménez fué de los primeros en oír su llamado. Villaespesa, que entonces era poeta, fué su amigo íntimo y su hermano en estéticos anhelos. Tan joven como entonces, Juan Ramón Jiménez preside tácitamente el grupo más inquieto e inteligente de los nuevos poetas de España. Porque ya no es un escándalo que los poetas sean inteligentes.

García Lorca hace de él un bello retrato con una sombra de Venus. El retrato:

En el blanco infinito,
nieve, nardo y salina,
perdió su fantasía.

El color blanco, anda,
sobre una muda alfombra
de plumas de paloma.

Sin ojos ni ademán
inmóvil sufre un sueño.
Pero tiembla por dentro.

En el blanco infinito,
¡qué pura y larga herida
dejó su fantasía!

En el blanco infinito.
Nieve. Nardo. Salina.

La sombra de Venus:

La joven muerta
en la concha de la cama,
desnuda de flor y brisa
surgía en la luz perenne.

Quedaba el mundo,
lirio de algodón y sombra,
asomado a los cristales
viendo el tránsito infinito.

La joven muerta,
surcaba el amor por dentro.
Entre la espuma de las sábanas
se perdía la cabellera.

No menos bellos son los retratos de Verlaine con sombra de Baco y de Debussy con sombra de Narciso. Seguiríamos hablando de la poesía de García Lorca y citando sus versos si no recordáramos que, por desgracia, de lo único que se trata por ahora es de hacer una breve nota informativa. Pero no terminemos sin subrayar el milagro que, por su estética virtud, alcanza esta poesía: mientras los públicos de España y América —tal vez más los de América que los de España— agotan las ediciones de sus libros, un grupo tan de minoría como el de Paul Valery publica en su revista literaria en una buena traducción francesa algunos de los mejores romances de García Lorca.—
Roberto Meza Fuentes.

EL ALMA NUEVA DE LAS COSAS VIEJAS
por *Alfonso Cravioto.*

El Excelentísimo señor Alfonso Cravioto es Embajador y mexicano. *Ergo*, no haremos un diagnóstico errado si decimos, también, que es un poeta. Amado Nervo tenía tiempo en sus vagares diplomáticos por Europa y América de afinar su canto prístino que, en la última época de su vida, de puro diáfano se fué tornando inmaterial. González Martínez, entre nosotros, en la Argentina, en España, ha esculpido con paciente sabiduría su canto de mármol. Alfonso Reyes, en París, en Madrid, en

Buenos Aires, ha hecho rimar en una maravilla de contrapunto su alma de mexicano con su cultura europea. Efrén Rebolledo en el Japón, y en Oslo y en Santiago de Chile cincelaba las palabras como gemas en sus versos de artífice. José Juan Tablada incorporaba a la poesía de Occidente la gracia aérea del hay-kay. Carlos Pellicer ha hecho en sus poemas el canto de la alegría de andar en sus errancias por Europa y América. Luis G. Urbina ha dado al viento la robusta entonación panteísta de su verso ardiente y varonil sin olvidar, por cierto, las palabras aladas y los eróticos madrigales.

¿Habrá que seguir recordando para sentenciar, en definitiva, que en la diplomacia de México encuentra un refugio propicio a las Musas la más selecta intelectualidad del país?

Haré una excepción con dos nombres ilustres admirados en nuestra juventud porque tanto como a México pertenecen a América y, aunque encarnan direcciones espirituales si no opuestas, por lo menos diversas, son de los más egregios representantes de la intelectualidad de la raza: Antonio Caso y José Vasconcelos. Antonio Caso, el hombre de palabra maravillosa que había saltado al abordaje de las cuestiones más arduas en sus *Discursos a la nación mexicana*—nombre austero y simbólico—, nos habló del valor de la vida. Admiramos en él al pensador profundo de *La existencia como economía, como desinterés y como caridad* y al artista que en la interpretación de la poesía de Fray Luis remontaba el espíritu, como en una mística comunión, a la región serena del pensamiento platónico.

Distinto es el recuerdo de Vasconcelos. En su perfil azteca de hombre maduro en las más altas y puras especulaciones había también el gesto aquilino del luchador, siempre disconforme y combatiente. Habló a la juventud de Chile en palabras que parecían una resonancia de la oración a Cuautemoc pronunciada en Río de Janeiro. Hombre de pensamiento, era también un hombre de acción. Venían a su lado hombres representativos de la nueva alma mexicana: Carlos Pellicer, ya recordado, el poeta; Roberto Montenegro, el pintor, y Julio Torri, el escritor y director de las pulcras ediciones de clásicos que la secretaría de Educación Pública de México, servida a la sazón por Vasconcelos, repartía por todos los países de habla castellana. Por Vasconcelos creímos, tal era la convicción de su palabra persuasiva, en la revolución formidable operada en la mentalidad mexicana a partir del año 1910 en que Madero daba el grito romántico de «Tierra y Libertad». Y sellaba la promesa de mantener las conquistas alcanzadas y de dar la batalla por los nuevos anhelos el hombre que había escrito en el escudo de la Universidad de México: «Por mi raza hablará el espíritu.» El mismo hombre que admiraba a Pitágoras y escribía con amor sus *Estudios indostánicos*.

Me hubiera parecido injusto e incompleto este recuerdo de los altos representantes de la cultura mexicana que mayor influencia han tenido en el pensamiento continental si no hubiera nombrado a esos dos grandes embajadores que tan profunda huella espiritual dejaron en nuestra juventud. Por ellos—por Antonio

Caso y José Vasconcelos—se nos presentó México como el milagro social de nuestra América. La redención del indio, la destrucción del latifundio, la intensa cruzada educacional que abarcaba desde el analfabeto al hombre culto que podía leer y meditar los filósofos griegos y los clásicos más nobles de nuestra época, todos estos eran capítulos que enaltecían, ante nuestro espíritu ávido de reforma, al país heroico y trágico.

Después, honrado es confesarlo, nuestra visión de las cosas ha cambiado. El mismo Vasconcelos, abanderado entusiasta de los ideales revolucionarios, ha tenido que sufrir más de un desencanto y ha debido proseguir desde la oposición su campaña civilizadora. Y los libros más sinceros que, pasada la época mesiánica, nos han llegado desde España y desde México han proyectado nueva luz sobre nuestras conciencias para mirar con mayor frialdad el fenómeno revolucionario. Ya nunca más nos dejaremos sobornar por las palabras ampulosas manejadas sin escrúpulos por caudillos falaces. Tras la retórica aduladora de las multitudes se ha ocultado un puño férreo que ha convertido el poder en un látigo para azotar las espaldas de los débiles.

Así describe Ortega y Gasset el proceso de las revoluciones: tras la magnífica y entusiasta época creadora surge, como un parásito que arrolla al maravilloso milagro vital de que arranca su origen, la época servil y menguada. Es la contrarrevolución que toda revolución trae en su seno.

* * *

El libro de don Alfonso Cravioto trae en su título la definición de todo un estado de ánimo que dominó en la mejor época del movimiento revolucionario de México: El alma nueva de las cosas viejas. ¿Significa esto una simple efusión lírica? No. Acaso hubiera podido pensarse tal cosa en un poeta de cualquier nacionalidad. En un poeta mexicano de la época constructiva de la revolución, imposible. Esa era la orientación del momento: potenciar cuanto de autóctono tenía la cultura mexicana y darle nueva expresión: expresión adecuada a la época. Puede hablarse con propiedad de un renacimiento mexicano. Aun acercándose a un peligroso exclusivismo, legítimo en este caso por el certero instinto de defensa que lo dictaba, los poetas y artistas mexicanos empiezan a entonar un vigoroso nacionalismo en sus creaciones. Diego Rivera, Roberto Montenegro y una falange de discípulos fervorosos empiezan a decorar los antiguos templos transformados en escuelas con motivos genuinamente mexicanos: historia mexicana, naturaleza mexicana, aire y luz mexicanos. Maestros misioneros recorren el país llevando el alfabeto a los indios. En la política exterior, México afirma soberbiamente su soberanía y su derecho a regir por sí mismo su vida interna. Desde la Secretaría de Educación Pública un hombre habla a todo un continente. Es un bello momento. En esa hora magnífica México parece el alma de la América Española. Nunca había hablado un lenguaje tan alto, tan puro, tan libre. Una pujante juventud parece responder desde los rincones más re-

motos de América a las aspiraciones de ese pueblo esforzado.

En ese instante don Alfonso Cravioto, en un mes de ocio lírico, escribe su libro. Sabe interpretar la aspiración de esa hora. Recoge toda la bella tradición de la conquista y la colonia y la vacía en versos de fino corte moderno. Entendámonos. Estamos en el año de 1921. El modernismo de entonces es el modernismo de Rubén Darío. Con una displicencia aristocrática va engarzando frívolos asuntos que miran más bien a la anécdota ingeniosa y pintoresca sin olvidar por ello a la maravillosa Sor Juana Inés de la Cruz y al dolor del indio, secular tragedia que clama todavía la piedad de un Fray Bartolomé de Las Casas a quien dice el poeta estas bellas palabras: «y nunca fuiste el gachupín y siempre fuiste el español». Evoca la joroba grotesca del gran don Juan Ruiz de Alarcón, hijo de América que daba el oro puro de sus comedias a uno de los más altos ingenios de Francia. Y al hablar a Hernán Cortés hace soberbio la apología del indio.

Todo el libro del señor Cravioto está lleno de la preocupación nacional. Pero, fuerza es confesarlo, su patriótica intención está débilmente sostenida en más de una página del libro por una realización estética pueril y balbuciente. Sabíamos que el señor Embajador era un hombre de ardientes arranques oratorios, de elocuente palabra tribunicia. No conocíamos su don lírico. No obstante, habrá que calificarlo con mayor propiedad entre los diplomáticos que hacen ejercicios de poesía que entre los poetas que hacen ensayos de diplo-

macia. Su libro, que es una interpretación poética de México en el momento más bello de su historia, será leído con cariño por quien sepa sentir lo que un escritor nuestro ha llamado en fórmula breve y precisa «el nacionalismo continental».—*R. M. F.*

POLITICA

UNA DICTADURA EN LA EUROPA DEL SIGLO XX, por *Marcelino Domingo*.

La dedicatoria puede darnos el tono del libro de Marcelino Domingo:

A la memoria de Mateotti, víctima de un Estado en el que la violencia está por encima de la Justicia, y que, imposibilitada para soportar la crítica de los adversarios, necesita imponerles, por la fuerza, el silencio o arrancarles por la fuerza, la vida. A la sagrada e imborrable memoria de Mateotti y en apelación de solidaridad espiritual combativa contra las autocracias a la Europa democrática.

Y también, entre las citas iniciales, esta de Mac-Mahon:

No hará falta levantar barricadas. Las piedras solas se levantarán contra ellos.

Desde la portada del libro (1), desde el título mismo, se advierte una actitud combativa en una lucha sin tregua ni cuartel. Pero como libro generado y nacido en el combate he-

(1) *Una dictadura en la Europa del siglo XX*. Historia Nueva, Madrid, 1929.